

MORTAJA DE BARRO

CARLOS
OLLO
RAZQUIN



erein

MORTAJA DE BARRO

40

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1.ª edición: noviembre de 2020

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Maquetación:

Itxaropena

© Carlos Olla Razquin

© EREIN. Donostia 2020

ISBN: 978-84-9109-659-7

D.L.: D 1127/2020

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus    

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: itxaropena@itxaropena.net

www.itxaropena.net

CARLOS OLLO RAZQUIN

MORTAJA
DE BARRO

erein

*Para Antonio Labraza
y para Isabel Erdozain, in memoriam
y, cómo no, para Nora.*

DRAMATIS PERSONAE

La familia Seminario-Echaide

Antonio Seminario Goldaracena (1935).

Patro Echaide Ripa (1936-1974) 38 años. Esposa de Antonio y madre de:

Magdalena Seminario Echaide (1954-1971) 17 años.

Judit Seminario Echaide (1961).

Elías Seminario Echaide (1964).

La familia Villatuerta-Balda-Kuznetsov

Faustino Villatuerta Alcaide (Faus) (1958). Inspector de la policía judicial de la Policía Nacional.

Irina Kuznetsova (1968). Pareja de Faus.

Nerea Villatuerta Balda (1988). Oficial de la policía judicial de la Policía Nacional.

Miren Balda (1960-2003) 43 años. Primera mujer de Faus y madre de Nerea.

Martina Alcaide (1933) madre de Faus.

Los policías

Javier Erro (1986) Subinspector de la policía judicial de la Policía Nacional.

Rafael Medina. Policía científica.

Inspector jubilado Marcelo Galarza Senosiain.

Unidad del inspector Carlos Erice:

Inspector Carlos Erice.

Subinspector Javier Lana.

Policías: Santiago del Guayo, Miguel Los Arcos, Sara Petretxema y Nerea Villatuerta.

Ester Andía. Jueza.

Luis Imízcoz. Forense y amigo del inspector Villatuerta.

Los habitantes de Eugi (en la actualidad)

Ion Gómara. Alcalde de Eugi.

Julián Ayesa, Trabajador en explotación agrícola.

Oscar Gárate. Trabajador en Magnesitas.

Fernando Reparaz. Empleado de mantenimiento de la presa del embalse.

Los habitantes de Eugi (años 50)

Luis Atienza. Jefe de los contrabandistas.

Simón. Vecino de los Seminario en Txantxotenea.

Jacinto. Primo lejano de Antonio.

Aitor Lasheras. Dueño de la borda Eroseta.

Bernardo Cuellar. Médico, amigo de Luis Atienza.

Don Anselmo. Cura de Eugi.

Don Javier. Médico de Eugi.

En Francia (años 50)

Michel Etcheverry. Vendedor de productos para el contrabando.

En Pamplona (años 50)

Alejandro Reverte. Dueño del bar Campana y jefe del negocio del contrabando.

En Pamplona, en la actualidad

Elisa Arbilla. Vecina de Martina Alcaide, madre de Faus Villatuerta.

LA MUERTE BLANCA

Eugi, invierno de 1968

Comenzó a nevar a principios de semana. Los primeros copos con textura de guata se depositaron mansamente unos sobre otros, en equilibrio. Después, en vez de cesar, siguió nevando y acumulándose capa sobre capa. Era bueno para el campo; el agua se adentraría lentamente en la tierra con sus bendiciones. Tan solo cesó el temporal cuando bajaron las temperaturas, y hacía tanto frío que era imposible que nevara; el hielo lo envolvió todo clausurando el tacto y los olores. La hierba, las hojas, hasta las cortezas de los árboles se vieron aprisionadas bajo el hielo y los animales salvajes no encontraban qué comer. Las bestias eran cosa de Dios, allá él en su divino designio para castigarlas con el hambre y la sed. Pero el mismo Dios, encarnado en la figura del Gobernador Civil, había decretado que Antonio diera de comer a aquellos ciervos que, por lo visto, eran demasiado estúpidos para procurarse el sustento o, como él pensaba, habían descansado sobre sus hombros la preocupación de su hambre.

Puso las cadenas al cuatro-ele, si bien tardó un rato en ajustarlas a las ruedas, demasiado desgastadas para una carretera en esas condiciones, e impensables para un asfalto convertido en el filo de un cuchillo. La maldad se esconde en todas las cosas, pensaba Antonio, incluso en las más inocentes. Especialmente en esas que, aparentemente, son tiernas como los ojos de los niños y de los ciervos.

El guardabosques había recibido la orden de cuidar de los ciervos con los que habían repoblado Quinto Real, el monte fronterizo al norte de Navarra que en otro tiempo albergó una fábrica de armas y que tomaba su nombre de “La quinta”, la parte que se pagaba a los reyes en concepto de aprovechamiento de pastos y monte. Las enfermedades y la caza exhaustiva habían acabado con la población autóctona, así que trajeron varias parejas para que se reprodujeran en libertad por los montes de aquella zona de contrabandistas. El guardabosques pensó en Antonio, al cabo de la Guardia Civil le pareció que sería una buena manera de controlar al contrabandista y, como el cura bendijo el nombramiento, por primera vez en su vida Antonio Seminario se vio obedeciendo a la autoridad, refrendada por los tres poderes que la representaban en Eugi.

Terminó de ajustar las cadenas. El perro de cartón que cabeceaba en la bandeja trasera pareció darle la razón con su rítmico movimiento oscilante: parece un idiota, pero así lo quiere el Señor y encima te pagan por ello. Colocando las cadenas había roto a sudar y sintió el aire cortante penetrar bajo la zamarra. Su cuerpo le devolvía un olor a cuero macerado: como debían oler las armaduras que siglos atrás elaboraban en la fábrica de armas y que los reyes Austrias tanto apreciaban. En Antonio la falta de higiene era un hábito, y lo mismo sudan el noble que el plebeyo.

Regresó a la cochera para coger los cubos con el pienso y el forraje, lo cargó todo bajo la aquiescencia del perro, que a

cada movimiento le daba la razón, y se montó en el coche. En ese momento advirtió a sus hijos a sus espaldas. Desde que habían oído a sus padres hablar de la incursión monte arriba para alimentar a los ciervos, no dejaban de pulular espiando a su padre con la esperanza de que consintiera llevarlos con él hasta el hayedo de O día y así poder ver a las bestias. Ya desesperaba de tener un hijo varón tras dos niñas cuando llegó Elías que, sin duda, era su preferido y que acababa de cumplir los cuatro años. Judith tenía siete y Magdalena catorce.

En otoño, cuando comenzó la berrea, se había llevado a los niños para que vieran a los ciervos. Los había montado en el destartado coche y, traqueteando, habían llegado hasta el hayedo en el que habían soltado a las cuatro parejas con la esperanza de que se reprodujeran. Apostados con los prismáticos y con el viento a su favor, habían esperado a que los machos aparecieran. Primero escucharon sus bramidos y al poco el siseo de sus patas entre la hojarasca y el sonido de un cuerpo vibrante que se desplazaba entre los árboles. De pronto los vieron: dos animales inmensos, majestuosos, erguidos y orgullosos acercándose el uno frente al otro mientras no dejaban de bramar. En sus cabezas destacaban las catorce puntas de las cornamentas empuñadas en acuchillar el aire. Los niños se quedaron fascinados cuando contemplaron aquella belleza. Y de pronto, uno de los ciervos emprendió el ataque haciendo chocar sus astas contra las del otro. El ruido seco, que no supieron decir si era más parecido al del hueso o al de la madera, hacía que los niños entrecerraran los ojos a cada embestida. Uno de los ciervos resultó el vencedor y ambos se perdieron por separado en la espesura.

Ahora que los niños adivinaban la posibilidad de volverlos a ver no se iban a dar fácilmente por vencidos ante una negativa. A Antonio le apetecía mucho llevarse al niño, pero tendría que cargar también con las chicas. Los niños no se atreverían a pedirselo; había sido su mujer quien, tímidamente, le había

sugerido que se los llevara. Finalmente hizo un gesto con la cabeza y los tres corrieron a montarse en el coche. Magdalena delante y los dos pequeños atrás. El tacto del metal dentro del coche era frío y Antonio puso la calefacción a tope para desempañar los cristales que, nada más montarse los cuatro, se cubrieron de vaho: un mundo blanco, invisible más allá de la condensación, tan solo roto por los regueros que hacían las gotas al escurrirse por el parabrisas.

El coche patinó al arrancar, pero en seguida las cadenas cumplieron su función agarrando el viejo cuatro-ele a la nieve. Antonio veía la excitación en las caras de los niños y en las palabras atropelladas por las risas. Si en algún momento sintió algo cercano a la felicidad fue en aquel momento. Pero, como todo lo que ignoramos poseer, tan solo cuando lo perdemos aprendemos a valorarlo. Los ojos chispeantes de sus hijas, la lengua de trapo del pequeño, el calor que salía del salpicadero del coche, la luz cegadora en el exterior; todo eso tendría que haberlo atesorado en su mente. Sin embargo, Antonio Seminario era un hombre moldeado de otra manera.

No se le escapaba que la idea de darle aquel trabajo había partido del Cabo. Quizá el guardabosques había dado su beneplácito cuando le propusieron para cuidar de los ciervos; a nadie se le escapaba que él conocía como nadie los montes a un lado y a otro de la frontera. Sin duda, el cura había bendecido el nombramiento, ya que Antonio era una de las ovejas de su rebaño. Pero Antonio no ignoraba que quien realmente estaba detrás de la idea de encargarle a él el cuidado de los animales era el cabo de la Guardia Civil, que desde que se había incorporado al puesto no tenía otra obsesión que cazarle cruzando la frontera con contrabando. El cura conocía los pecados de Antonio, pero entraban dentro del secreto de confesión. Además, en cierto modo, él también era un hombre del monte, de la muga, acostumbrado a que el padre de familia se ocupe de los suyos y

busque el pan debajo de las piedras. Así que no le parecía que la Fe ciega de Antonio fuera incompatible con el delito. Al cura, el intento del cabo de controlar al contrabandista encargándole que cuidara de los ciervos, le parecía una pérdida de tiempo, ya que, como es lógico, el contrabando se lleva a cabo al amparo de la noche y a esa hora los ciervos duermen.

Acostumbrado a vivir de lo que daba el monte; de los lotes de madera, un par de vacas, un maizal y la huerta, para Antonio recurrir al contrabando era explotar un recurso más de la naturaleza. La frontera separaba absurdamente el monte, dividiendo arbitrariamente un hayedo en dos. Eso formaba parte de las leyes de los hombres, en ningún lugar de la Biblia decía que no se pudiera obtener beneficio con el contrabando y desde luego a Antonio no le parecía que su alma estuviera en peligro.

El coche avanzaba despacio haciendo crujir la nieve bajo las ruedas. Extrañamente los niños habían ido quedándose en silencio; como si los hubiera sobrecogido el espectáculo de la naturaleza o advirtieran algo en el aire: un sexto sentido que perdemos con el tiempo y que nos avisa de lo inesperado les había enmudecido, mientras su padre conducía por el túnel que formaban las ramas de las hayas al subir el pequeño puerto. La fábrica de armas parecía menos en ruinas de lo habitual, cubierta bajo la nieve. El río se abría camino tintineante y cristalino lamiendo las orillas sobre las que pendía la nieve en equilibrio. Un pájaro levantó el vuelo y fue visible por el contraste de su negro plumaje entre la inmensidad blanca. Antonio vio los palos pintados de rojo en la parte superior, que señalaban el límite de la carretera, y detuvo el coche en el arcén hundiéndolo en la nieve virgen. El tubo de escape derritió la nieve con su aliento oleoso volatilizándola en la nada con el último petardeo del motor. Después se hizo el silencio. Un silencio perfecto que los cuatro sintieron como algo sobrehumano, porque si no hubiera sido por ellos seguiría igual de inalterado y nada lo perturbaría.

Duró unos segundos y Antonio lo rompió cuando dijo: vamos, y abrió el maletero del cuatro latas.

Bajo sus pies la nieve crujía a cada paso. Antonio cargaba con los cubos de pienso y el forraje, así que cuando Elías empezó a llamar pidiendo socorro porque se había quedado atascado en la nieve, Magdalena lo subió a sus hombros. La nieve había transformado el paisaje volviéndolo irreconocible y los niños avanzaban hacia un punto, para ellos, idéntico a cualquier otro si no fuera porque su padre los guiaba. Magdalena comenzó a preocuparse; pensó que si Judith se atascaba en la nieve no podría tirar también de ella. Su padre continuaba hendiendo la nieve, desplazándola a los lados, y Judith, que era muy lista, en seguida se colocó a su estela, de tal modo que pisaba sobre nieve hoyada y así avanzaba más fácilmente.

Antonio se detuvo en un recodo formado por unas hayas que lo convertían en un abrigo natural. Les dijo a los niños que allí, bajo la nieve, estaban los comederos donde les habían acostumbrado a comer a los ciervos cuando los trajeron. Su instinto azuzado por el hambre les haría buscar allí la comida fácil. Esparció el pienso y la hierba y se subió a los hombros a Elías que rio de contento. Le vino a la mente la imagen de san Cristóbal cargando con Jesús niño para vadear al río y les indicó con un gesto a sus hijas que le siguieran hasta un alto en el que resguardarse para esperar a los ciervos y, si había suerte, verlos comer.

Media hora más tarde el frío se les hizo insoportable. Los niños empezaron a temblar castañeteando los dientes y en sus caras se dibujó la decepción cuando su padre les dijo que volvieran hacia el coche. Antonio cargó de nuevo con Elías y ya regresaban hacia el cuatro-ele cuando algo rompió el silencio. Nada se había movido, no soplaba viento que trajera hasta ellos el menor sonido y, de pronto, se escuchó un bramido seguido del rasgueo de la nieve empujada por muchos cuerpos. Los cuatro se volvieron al unísono y vieron en la distancia cómo

los ciervos entraban en la vaguada directos al lugar en el que, como si fueran ofrendas a los dioses del bosque, Antonio había depositado la comida. Un macho abría la comitiva y los demás seguían sus huellas o abriendo a su vez surcos en la nieve en estelas paralelas. Los ojos de los Seminario no habían visto nunca nada más bello. Por un instante nadie habló. Los ciervos se detuvieron antes ellos y, en la distancia, los observaron con esa expresión entre hierática y de asombro. La nieve se prendía a su pelaje y se acercaron uno tras otro para comer lo que les habían traído. Después de unos minutos de maravilla que les parecieron eternos, pues así debe medirse la eternidad, los ciervos se volvieron a su paso por donde habían venido y ellos pudieron entonces despertar del ensueño que les había privado de sentir cansancio y frío. Solo entonces habló Judith.

—Papá, ¿los ciervos no tienen frío?

Antonio miró a su hija pensando en cómo contestarle. Conocía la respuesta a esa pregunta, pero buscaba la manera de hacérsela comprensible. Se remangó el jersey dejando a la vista el entramado de sus venas y arterias que dibujaban bajo su piel las ramas azuladas de un árbol o los meandros de un río visto desde la altura.

—¿Ves las arterias? —Los niños miraban el brazo de su padre e incluso Magdalena tocó el relieve de una de ellas—. Las de los ciervos llevan la sangre caliente a sus patas. En el interior de su carne hay diminutas venillas que se calientan con la sangre de esas venas grandes y que mantienen el calor antes de volver a la tripa del animal. Mientras la nieve no les enfríe la panza, el cuerpo se mantiene caliente.

Antonio pudo leer en la mirada de los niños la admiración que hasta cierta edad siente un pequeño por su padre y que con el paso de los años se disipa cuando comprende que es tan imperfecto como el común de los mortales. Pero aún no, aquel era el tiempo de siempre y todavía. Los ciervos les habían regalado

el mayor espectáculo que en la naturaleza se pueda ver: el esplendor de la vida triunfante, y tan solo Magdalena empezaba a percibir en los adultos que la rodeaban los defectos, las incoherencias; poco a poco había visto cómo la imagen perfecta de sus padres se craquelaba. Aún no había empezado a desportillarse.

—¿Y si les llega a la barriga? —preguntó Elías.

—Entonces solo el Señor puede salvarlos.

La bajada de regreso a Eugi fue más peligrosa que la subida. El coche patinó varias veces, pero Antonio controló el vehículo y llegaron sin más incidentes a Txantxotenea. Al apearse del coche frente a su casa, Antonio miró el escudo familiar que adornaba la fachada. No sacó mucho provecho de la escuela, le quemaba la silla y el pupitre no podía contener la inquietud que le recorría las rodillas. Tampoco prestó mucha atención a su padre cuando le explicó qué significaban todas las figuras y símbolos que poblaban el escudo. De todo lo explicado tan solo recordaba que por orden del rey la casa debía mantener, en caso de guerra, a 30 soldados; 15 por cada uno de los dos calderos que eran perfectamente distinguibles en el escudo y que era la única información que había retenido. Nada le había dicho su padre de mantener a los ciervos. Bien es cierto que tampoco el gobernador civil se podía comparar con el rey.

* * *

Desde la cama podía escuchar la ventisca; los copos se acumulaban en los alféizares tras estrellarse contra los postigos y el viento rugiendo entre los árboles le parecía un mar embravecido. Antonio se desveló pensando en los ciervos. Su mente se debatía entre la angustia de pensar que quizá no sobrevivieran a la tormenta y el alivio de saberse de nuevo libre de la responsabilidad de cuidarlos en caso de que murieran. No se engañaba a sí mismo: sabía que la idea de que él se encargara de los animales

era una manera de atarlo a algo, de imponerle un yugo que le sujetara a unas obligaciones impuestas por terceros, algo a lo que, de algún modo, se había visto obligado. Tampoco se le escapaba que el cabo buscaba controlarlo. Los ciervos esa noche se mostraron bajo las dos caras con que era posible contemplarlos: un dinero fácil, casi estúpido y una atadura, una cortapisa, un ojo vigilante.

Con las primeras luces se asomó a la ventana. Las capas compactadas y heladas, caídas en días anteriores, se escondían bajo la nieve virgen. El peso de la nevada vencía a las ramas arqueándolas. Mientras Antonio pensaba que tendría que volver al monte para llevarles de comer a los ciervos, Patro se levantó de la cama y sintió un frío que la bata no alcanzaba a aliviar. Temerosa de las reacciones bruscas y airadas de su marido, se acercó por la espalda para mirar a través de los cristales helados y leerle el pensamiento.

—¿Es necesario que subas? —Le dijo con voz preocupada.

—Tendré que hacerlo.

—Si el coche se te va en una curva te puedes matar.

—Sé lo que me hago.

—Por lo menos no te llesves a los niños.

—Está bien.

Patro bajó a la cocina, encendió el fuego y, poco a poco, la habitación se fue templando. Tras el desayuno Antonio empezó a preparar el pienso y el forraje para los ciervos. Casi había terminado cuando sintió que a su espalda algo se movía. Al darse la vuelta los niños le miraban con ojos suplicantes; habitualmente había que sacarles a rastras de la cama para que fueran a la escuela, pero ese sábado habían abandonado el calor de las sábanas sin rechistar y se habían vestido apresuradamente, porque habían intuido que su padre volvería a dar de comer a los ciervos. No pensaban perderse el espectáculo por nada del mundo.

—No quiero que subáis, es peligroso. —Dijo su madre.

Poco les faltó para ponerse de rodillas. Elías se agarraba al pantalón de su padre y, a tironcitos, buscaba llamar su atención mientras repetía que él quería volver a ver a los ciervos. Las chicas pusieron su mejor mohín de súplica y, cuando Antonio accedió, Patro se volvió a la cocina más preocupada que disgustada; la idea de que Antonio compartiera su tiempo con sus hijas e hijo venció a la preocupación por la expedición a la montaña.

Como hicieran la víspera se montaron en el cuatro latas. Las cadenas ya estaban puestas y Antonio calentó el habitáculo con el motor al ralentí hasta que los cristales se desempañaron. Los niños subieron en tropel y Patro los despidió. El coche enfiló de nuevo la carretera hacia Quinto Real.

—¿Volveremos a ver a los ciervos? —Preguntó Judith.

—Si hay suerte.

—Seguro que tienen hambre y se acuerdan de que nosotros les dimos ayer de comer —dijo Elías con su lengua de trapo.

Antonio se concentró en la carretera que, como había temido, se intuía más que verse. Los postes que la delimitaban pintados de rojo y blanco iban puntuando el sinuoso camino hasta alcanzar el alto. Una vez allí se orillaron en el punto que aún delataba dónde habían aparcado la víspera y detuvo el motor. Bajaron del coche y en seguida el frío les lamió la cara; una caricia de aristas que con cada golpe de aire les arañaba. Antonio entregó un cubo de pienso a Magdalena, cargó con Elías sobre sus hombros, sujetándolo de un tobillo, y con la mano que le quedaba libre asió el otro cubo. Judith, libre de peso, cerraba la comitiva. Se adentraron en la nieve rompiendo la tersura virgen de la capa recién caída. Las oleadas de aire levantaban diminutos cristales de hielo que brillaban bajo el sol que había abierto un claro entre las nubes. Tras la tempestad viene la calma, pensó, pero se equivocaba. Comenzó a intuir que algo no iba bien cuando desde lo alto del recodo el comedero se hizo visible.

Desde lejos parecía como si unos palos se hubieran clavado entre la nieve caídos de cualquier manera. Algo se movía creando un remolino. Conforme avanzó se dio cuenta de que no eran palos y para cuando pensó en dar media vuelta ya era demasiado tarde; los niños ya habían comprendido que lo que desde lejos parecían palos eran, en realidad, las patas y las pezuñas, las astas de los ciervos que se habían quedado atrapados en la nieve y habían muerto congelados intentando liberarse de la nieve en polvo. Al amanecer, probablemente, habían acudido al comedero buscando el alimento fácil al que les habían acostumbrado y la ventisca les había sorprendido en la vaguada. Sus patas se habían hundido en la nieve intangible en la que no podían hacer pie. Cubiertos hasta el cuello en aquel manto de muerte blanca. Girando como peonzas, la manada se había quedado congelada, tan solo uno seguía vivo. Elías comenzó a moverse inquieto.

—¿Qué les pasa a los ciervos papá?

Antonio no respondió. El macho más grande, el más fuerte, removía los cuernos desesperado intentando escapar de la trampa en la que había caído. Su cabeza embestía el aire, resoplaba y levantaba nubes de vaho y nieve. Cuando llegaron a su altura Elías gimoteaba y repitió la pregunta.

—¿Qué les pasa a los ciervos papá?

Antonio bajó al niño de sus hombros y Judith corrió a abrazarlo. Magdalena soltó el cubo con el pienso y se acercó a su padre que le devolvió una mirada de ojos turbios. Tocó la pata más cercana que estaba helada; de nada habían servido la miríada de venas y arterias que no eran suficientes para calentar un cuerpo tan grande cubierto por la nieve. El ciervo vivo seguía soltando cornadas.

Antonio intentaba asirlo por las astas. En un momento dado el ciervo detuvo su lucha, quizá entumecido o agotado, Antonio lo asió de la cornamenta y tiró de él intentando sacarlo de la nieve, pero fue imposible. Magdalena cogió con aprensión

del otro extremo y sumaron sus fuerzas, pero no pudieron lograr que el animal se moviera ni un milímetro. Hundido en la nieve su cuerpo debía superar el metro setenta de altura y los 160 kilos de peso. Desde su abismo, desesperado, los miraba con unos ojos en los que Magdalena leyó el miedo y la muerte.

—Vámonos —dijo Antonio.

—¿No vamos a hacer nada? —Preguntó Judith.

—No podemos hacer nada —respondió su padre.

—¿Lo vas a dejar ahí? —Dijo Judith.

—No podemos sacarlo, está muy hundido en la nieve y pesa mucho.

—¡Se va a morir! —Dijo Magdalena.

—Mejor así —respondió Antonio sin pensar su respuesta.

—¡Cómo puedes decir eso!

Y entonces, como un torrente, todo lo que había estado hirviendo a fuego lento en su interior durante toda la noche salió por su boca. Sin pensar en lo que decía. O, mejor dicho, porque había tenido toda la noche para pensarlo.

—Porque es mejor así. Porque estoy harto de estos putos bichos, harto de que se crean que me controlan y porque así tengo la excusa para hacer de nuevo lo que me venga en gana.

—Se va a morir —dijo Elías.

Antonio no respondió. Cargó con el niño al hombro y empezó a volver sobre sus pasos. Magdalena miró a su padre a los ojos y en ellos leyó algo contradictorio; dos miradas opuestas, cambiantes a cada segundo: la desesperación de los ojos del ciervo alternando con el desprecio. La muerte del animal cortó la última amarra que sujetaba algo cristalino y frágil. La inocencia de su hija se estrelló contra la crueldad desnuda de Antonio que, con sus últimas palabras, había mudado el gesto de su boca de la indefensión al desprecio. Algo más había muerto: la muerte blanca se llevó al último ciervo; pero también se llevó para siempre la inocencia de Magdalena.

LA MUERTE NEGRA

Embalse de Eugi, en la actualidad

El doce de septiembre, a las ocho de la mañana, introdujeron la sonda multimétrica para medir la calidad del agua. Todos los años, cuando llega el otoño, se realiza el desembalse de las aguas del fondo del pantano de Eugi. Durante todo el verano el sol ha calentado la superficie dorando el color acerado del agua; la capa horizontal sobre la que flotan los zapateros y planean las libélulas, alcanza una temperatura de unos dieciséis grados. Progresivamente, va bajando un grado cada metro conforme desciende en profundidad: dieciséis, quince, catorce, hasta que de pronto la temperatura desciende bruscamente a ocho grados. Ese efecto se llama termoclina: el agua se ha estratificado en capas de mayor a menor temperatura.

Con el final del verano se aprovecha esa diferencia de temperatura, el gradiente térmico, para eliminar toda la materia orgánica que se va depositando a lo largo del año, y también metales como el hierro y sobre todo el manganeso, abundante

en el suelo del embalse rico en magnesita. La sonda mide esas impurezas y, cuando sus niveles ya no son aconsejables, se decide eliminar la capa de agua fría de las profundidades abriendo el desagüe que hay en el fondo. De este modo no serán necesarios tantos reactivos cuando se potabilice el agua en la planta de Urtasun, situada a pocos kilómetros de la presa. El proceso es rápido; se tardan unas tres horas en desaguar los 250.000 m³ y su efecto aguas abajo, es como el de una tormenta.

Pero esta vez hubo otro efecto inesperado.

El desagüe comenzó a succionar a grandes bocanadas el agua turbia de las profundidades al mismo tiempo que una corriente helada rastillaba el fango del fondo. De pronto sus manos se liberaron de la tierra. Hilos líquidos recorrieron sus dedos y el agua volvió a fluir entre sus piernas. Gotas minúsculas de oxígeno se formaron sobre su pecho. Su pelo volvió a flotar mientras se liberaba del barro y, entonces, en vez de hundirse para discurrir corriente abajo por el sumidero, una ola helada empujó su cuerpo hacia la superficie.

Metro a metro.

Gradualmente.

Hacia la luz.

En un instante todo estalló ante sus ojos. Su cuerpo flotaba y el sol volvía a calentar su piel arrugada. Comenzó a errar por la orilla sin enredarse entre las plantas que parecían ignorarla. Hasta que la corriente empezó a arrastrarla en dirección a la cabecera de la presa. Entonces alguien vio su cuerpo acercarse lentamente como un cortejo fúnebre. Al principio le pareció un tronco a la deriva, volvió la vista a la tableta en la que leía las mediciones que la sonda multimétrica le enviaba, pero sus ojos volvieron a posarse en aquella masa marrón, de una sustancia indistinta, que se acercaba hasta él. Y entonces se dio cuenta de que era un cuerpo.

Cuanto más lo miraba mejor distinguía las formas en lo que al principio le había parecido un árbol podrido: la cabeza con el pelo largo, las piernas cruzadas una sobre otra, rígidas, los brazos; uno pegado al cuerpo y el otro cruzado sobre el pecho, las manos con sus dedos de uñas largas. El barro cubría algunas partes mientras que otras habían sido lavadas por el agua. Los ojos hundidos en las cuencas estaban cerrados por los párpados. La boca abierta contenía un grito de cieno ya que estaba llena. Fascinado por lo que veía se olvidó de dar la señal de alerta. Con cada ola, el cuerpo golpeaba suavemente contra el muro de la presa. Le recordó a las momias egipcias, o a aquella que encontraron en los Alpes, porque el deshielo de un glaciar la había sacado a la luz después de miles de años, un cazador de la prehistoria, creía recordar. Pero aquella mujer no parecía tan antigua, la ropa, o lo que quedaba de ella delataban su origen, las piernas estaban cubiertas por unos pantalones vaqueros que hacían imposible remontarla muy atrás en el tiempo. En todo caso, era evidente que no había estado en el agua todo ese tiempo. Había visto muchos ahogados; gente mordida por los peces y los cangrejos, por las alimañas que habitan la orilla. Además, estaba el barro; más bien parecía que la hubieran desenterrado, pero, ¿quién podría haberlo hecho?

Por fin reaccionó. Sacó el móvil y llamó a su compañero que, incrédulo, se acercó a ver con sus propios ojos lo que le estaba contando. Entonces decidieron llamar a la policía. El pelo flotaba extendido en el agua y, por más que lo intentó, no consiguió acordarse del nombre del cuadro aquel en el que aparecía una mujer ahogada.